

ESTABILIDAD Y PROGRESO: EL PROBLEMA DE LOS PAISES RICOS (*)

Los promotores de esta serie de conferencias han logrado el intento heroico de dividir lo indivisible. La cuestión general de la estabilidad y del progreso —que no es ciertamente un tema ligero— se ha confiado al profesor Viner y a mí, mientras que a los profesores Perroux, Haberler y Lundberg se les ha encargado estudiar algunos de los aspectos particulares de dicha cuestión general. Algo así como la forma en que el Papa Alejandro VI dividió el Nuevo Mundo entre España y Portugal, nuestro Comité ha distribuido el mundo entero entre Viner y yo. Yo le cedo Asia, Africa y América del Sur de mucho mejor gana que Octavio abandonó las magnificencias de Oriente a Antonio, y no creo que me veáis invadir su territorio con frecuencia. Pero tengo que presentar mis excusas a mis otros tres colegas si no logro mi tarea, incluso dentro de los límites de mis insuficientes conocimientos y de mi comprensión, sin hablar algo de tecnología, de cuestiones monetarias y de comercio internacional.

Surge otra dificultad. Mi Imperio es extenso y múltiple, “reinos e islas son como hojas desprendidas de mi bolsillo” (1). Lo que todos estos territorios tienen de común, es ser más bien ricos que pobres; pero se distinguen entre ellos en muchos puntos; no es fácil formular proposiciones generales aplicables a todos. Me parece, en lo que a mí respecta, que son esenciales dos *causae* diferenciales. En primer lugar, algunos de estos países son goberna-

(*) Traducción realizada por JAVIER IRASTORZA REVUELTA.

(1) Cf. *Antony and Cleopatra*. Act. V. Escena 2.

dos y planificados de una forma centralizada en un grado tal que sus gobiernos se encuentran (a mi juicio) en estado de llevar a cabo, al menos en la esfera económica, exactamente lo que tienen intención de llevar a cabo; pero en otros, mientras que el visitante oirá con frecuencia hablar de objetivos, de políticas, e incluso de planes, estos proyectos no tienen en realidad más que un carácter parcial y su ejecución es aleatoria. En segundo lugar, para algunos de estos países, las políticas y los planes pueden establecerse sin que se consideren demasiado las influencias exteriores; para otros, estas influencias exteriores son de una importancia primordial. Trataré de tener en cuenta en una cierta medida este segundo aspecto —que no es más que una cuestión de grado—, pero en cuanto al primero, permaneceré al margen, aun cuando en el fondo no se trate igualmente más que de una cuestión de grado. En otros términos, no trataré de extender mi análisis más allá de la frontera de lo que la mayoría de nosotros, a justo título o no, tiene la costumbre de llamar el mundo libre. Establecida esta limitación, entremos en el tema.

I

Al leer un importante autor inglés, he encontrado, como me lo esperaba, que la cuestión fundamental del progreso, que se plantea a todo país, se ha formulado hace ya mucho tiempo con una deliciosa simplicidad (2). “La oruga fué la primera en hablar: “¿De qué talla deseáis ser?, me preguntó.” Respuesta de Alicia —“Oh, no tengo ideas preconcebidas en cuanto a la talla, pero no gusta cambiar con demasiada frecuencia”—, siendo muy comprensible, si se piensa en las duras pruebas que ella acababa de atravesar, que eso no es realmente lo que era preciso; y la brusca réplica de la oruga —“no sé”— se encontraba perfectamente justificada a mis ojos. Parece bien, en efecto, que un país, más rico o más pobre, *debería* tratar de formarse un idea del tamaño que quisiera tener y, más exactamente, del tipo de crecimiento que desea para su renta nacional y de la proporción de su renta co-

(2) “Alice’s Adventures in Wonderland” (Macmillan; People’s Edition), página 61.

riente destinada a ahorrar y a invertir para obtener los resultados deseados. En efecto, es extremadamente difícil formular bases racionales para llegar a una decisión. Otra autoridad, Frank Ramsey (3) ha tratado —es muy conocido— hace unos treinta años, de encontrar para una comunidad totalmente homogénea y en número constante, una solución concebida bajo la forma de un balance económico ordinario. Si, efectivamente, una tal comunidad es completamente indiferente al presente y al porvenir, la respuesta, ustedes se acordarán de ella, depende exclusivamente de la función que liga la utilidad y el consumo y de la utilidad máxima, concebida como limitada, que puede derivarse del consumo. Si, de otra parte, la comunidad tiene preferencias en cuanto a la duración, la solución depende tanto de la intensidad de esta preferencia expresada por un tipo de descuento, como del tipo de remuneración que puede obtenerse por la inversión del ahorro. El profesor Stone ha mostrado recientemente (4) cómo el método puede adaptarse al caso de una población creciente. Sin embargo, como nos advirtió Ramsey, estas soluciones simplificadas hacen abstracción de numerosas dificultades, debidas a la incertidumbre de los negocios humanos, por ejemplo, posibilidades de trastornos tecnológicos y destrucciones masivas de capital, de los que no se encuentra exenta la sociedad más totalitaria.

Además, todos no serán convencidos, yo creo, por la idea de Ramsey de una felicidad limitada —techo fijo para la utilidad que puede ser teóricamente derivada del consumo. He oído defender la tesis de que este techo es esencialmente móvil, alejándose cada vez que se tiene la impresión de aproximarse a él. Por otra parte, parece necesaria una revisión total de la solución cuando pasamos de la comunidad unánime, bien disciplinada, a una sociedad de hombres ordinarios, donde cada uno no se mueve solamente por sus esperanzas, sus temores y sus limitaciones personales, sino que es también consciente de la certidumbre de su debilidad y de su muerte. Porque la ecuación de Ramsey descansa en la hipótesis de que el miembro de una economía cuya función de utilidad está en juego, se da cuenta de que su renta y su consumo van a expe-

(3) "A Mathematical Theory of Saving". *Economic Journal*, diciembre 1928.

(4) MISERY and BLISS: *Economia Internazionale*, núm. 1, 1955.

rimentar un crecimiento continuo. Pero el hombre ordinario sabe perfectamente que a la edad del retiro, su renta va a sufrir una brusca reducción y que, a su muerte, su consumo individual va a cesar; parece no sólo inevitable, sino razonable, que su política de ahorro, incluso si se encuentra igualmente influenciada por el cuidado de sus herederos, se vea parcialmente inspirada por esta certidumbre.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no me fío de la posibilidad de determinar el tipo justo de expansión de un país con la ayuda de fórmulas matemáticas. La dificultad aumenta si se piensa, como nos lo ha recordado recientemente el profesor Devons (5) en un estudio muy penetrante, que los sacrificios necesarios para asegurar la expansión no consisten sólo en una renuncia pasiva al consumo, sino en algo mucho más difícil de evaluar matemáticamente, a saber: la aceptación a verse alterado en las costumbres de vida y de trabajo firmemente establecidas. No creo sea posible ir más lejos que enumerar algunas de las preocupaciones que un ciudadano de uno de estos países —sea miembro del gobierno o no— debería tener presentes en el espíritu cuando trate de saber si la proporción de renta nacional ahorrada para los fines del crecimiento económico es excesiva, insuficiente o aproximadamente exacta. Otras discusiones deben entonces establecer si el excedente o la insuficiencia son bastante importantes como para justificar esfuerzos que tiendan a su reducción por vía de propaganda, de coacción, de modificación de la distribución de la renta, o por cualquier otro medio.

1. La primera y más evidente consideración es el comportamiento probable de la población en cuando a su totalidad, de una parte, y en cuanto a todas las complicaciones subsidiarias debidas a la distribución por edades, de otra. Aquí, evidentemente, corremos el riesgo de girar en redondo; la formación de capital puede ser aproximadamente suficiente en relación con el desarrollo demográfico; pero, ¿este desarrollo demográfico es en sí mismo de una amplitud apropiada? Si yo tuviera que tratar sobre la mitad del mundo que ha correspondido a Viner, tendría mucho que decir sobre este tema, y no afirmo que en mi propia mitad no de-

(5) *Lloyds Bank Review*, octubre 1955.

herían aplicarse políticas proyectadas para influir sobre el tipo de crecimiento de los individuos. En Gran Bretaña una comisión real ha constatado en 1949 que el volumen existente de población era más o menos adecuado, y nos ha prodigado numerosos consejos para dar nacimiento a este 1/7 de niño, que falta en cada familia completa, indispensable para el mantenimiento a largo plazo de la estabilidad demográfica. Los Países Bajos se inquietan por su elevada tasa de natalidad que consideran como una presión sobre el nivel de vida, mientras que los Estados Unidos se muestran aparentemente encantados con la suya, ya que garantiza el aliento de la demanda efectiva. Quizá podríamos ponernos todos de acuerdo y decir que la solución más oportuna —si solamente nosotros supiéramos cómo llegar a ella— sería una población en crecimiento constante, pero que no aumentara nunca. Mientras tanto, yo no me aventuraría más allá del lugar común según el cual nuestra opinión sobre la escala apropiada de formación de capital debe estar fuertemente influida por lo que realmente sucede o sucederá probablemente en el dominio demográfico.

2. El segundo factor susceptible de contribuir a la formación de nuestra opinión —y aquí yo reconozco mi deuda con el profesor Devons— es el examen de las *clases* de mejora del nivel de vida que puede alcanzar una población que es ya, por hipótesis, relativamente próspera. Hablamos alegremente de doblar o triplicar el nivel de vida en un número dado de años, pero, en detalle, ¿qué entendemos nosotros por esta mejora? A lo largo de una buena parte de la historia de la humanidad dos características, las más importantes, distinguen al hombre rico del hombre pobre, a saber: que el primero podía ocupar más *espacio* y podía requerir más *servicios* personales. Pero estos son justamente los dos privilegios que es muy difícil generalizar entre grandes poblaciones urbanas. No pretendo que estas ventajas deberían ser conservadas a una minoría en detrimento de un mayor número, pero querría hacer resaltar que en sociedades que se encuentran ya bien alimentadas, bien vestidas y bien distraídas, es inevitable que la búsqueda de un nivel de vida más elevado sea, en importantes dominios, necesariamente contradictoria, y que la comprensión de esta situación debería, en efecto, orientar los esfuerzos hacia la comparación de los sacrificios a soportar hoy y de las ventajas accesibles en el fu-

turo. A este respecto, el problema que se plantea a los países ricos es más sutil que el de los países de Viner, que deben aún llevar a cabo ciertas mejoras más elementales en el bienestar.

3. Sin embargo, incluso en la mayor parte de los países ricos, existe evidentemente lugar para mejoras del nivel de vida en formas más concretas y ordinarias. El factor que debería ahora influir en nuestro juicio sobre la forma razonable de asegurar el porvenir es el conjunto de nuestros conocimientos sobre la relación, bajo las condiciones modernas, entre la formación de capital neto y el crecimiento de la población. Si se considera el desarrollo de la historia de la humanidad como un todo —y especialmente de los dos últimos siglos— parece no haya apenas razón para poner en duda la concepción tradicional, según la cual un aumento de la proporción entre bienes de inversión y de producción —en frase de Hawtrey, una intensificación del capital— no ha representado solamente un síntoma, sino uno de los factores principales que han aliviado el trabajo humano y extendido sobre un espacio más amplio los gozos de la existencia. Se nos afirma desde hace algunos años, sin embargo, que ha habido un cambio en los países más adelantados. La invención y la investigación tienden cada vez más a obtener ciertos resultados con una economía de material y equipo; los procedimientos que permiten la trasmisión simultánea de varios mensajes por un solo cable representan un ejemplo característico de los numerosos triunfos de la técnica moderna. Los países de Viner se encuentran aún quizá en la fase en que necesitan almacenar grandes corrientes de economías en las estructuras básicas de la energía, de los transportes y comunicaciones, para lanzarse sobre la vía de la industrialización o incluso para racionalizar su agricultura. Por el contrario, *mis países*, se nos dice, en el supuesto de que den muestras de sabiduría, deberían encontrarse en situación de asegurar suficientemente su bienestar futuro haciendo una llamada relativamente modesta a la abstinencia neta, voluntaria u obligatoria de sus ciudadanos. Pero al cambio supuesto de la tecnología al cual acabamos de hacer alusión, debemos añadir ciertos datos de un carácter más contable. Es un hecho que en una economía en rápido progreso, no sólo las sumas reservadas en concepto de amortización son siempre superiores a

las efectivamente gastadas en concepto de reposición (6), sino que, además, estas sumas serán gastadas, en la mayor parte de los casos, para mejorar la producción más allá de una simple reposición. Se admite que en el curso de la inflación de los últimos años, ciertas fuerzas han podido actuar en sentido inverso; pero si consideramos el porvenir a largo plazo, podemos confiar en que la industria se esforzará por asegurar su expansión material según métodos que el estadístico no llegará a identificar como "inversión neta", que debe compensarse por un "ahorro neto".

Espero que aquellos de entre vosotros que tengan relaciones más estrechas con la industria, en sus países respectivos, que yo no tengo, aportarán sus elementos de apreciación en la discusión. Dicha discusión asignará, sin duda, todo su peso a los cálculos, bastante sorprendentes, establecidos por el profesor Kuznets (7), según los cuales, en los Estados Unidos la relación entre el capital reproducible y el producto nacional, después de aumentar —en los cuarenta años posteriores a 1879— desde tres a cuatro, aproximadamente, ha cesado de aumentar después y en 1939 había perdido la mitad de sus progresos precedentes. La discusión aceptará ciertamente el punto de vista tenazmente sostenido por Kuznets, de que un país moderno, mediante sus gastos en materia de sanidad, educación e investigación científica (que no se definen generalmente como "ahorro") contribuye a su desarrollo futuro en una medida al menos tan importante como si acumulara equipo capital. Pero espero también —si me permitís revelar mi propio prejuicio— que los oradores no desestimarán las posibilidades de que las invenciones, cuyo primer efecto quizá parezca "economizar capital", puedan revelarse después como grandes consumidores de capital, del mismo modo que ciertas invenciones que parecen economizar "mano de obra" devienen más tarde grandes utilizadores de la misma. Como quiera que sea, en la medida en que el deseo de un nivel de vida más elevado puede satisfacerse mediante una mayor abundancia de bienes materiales, me parece que, al menos en los más pobres de mis "países ricos", empleos suficiente-

(6) E. D. DOMAR: "The Interrelation between Capital and Output in the American Economy", *Economic Progress*, Louvain, 1955.

(7) "Population, Income and Capital", *Economic Progress*, Louvain, 1954.

mente masivos de recursos en sectores tales como laminadoras, refinerías de petróleo, modernización de redes ferroviarias y otros, podrían todavía ser necesarios.

II

Habiendo, pues, formulado en alguna manera nuestra opinión (y yo no iré tan lejos como para llamarla juicio) sobre la evolución que querríamos ver desarrollarse, pienso que nuestro objetivo inmediato debe consistir en enumerar ordenadamente los obstáculos que podrían oponerse a la realización de nuestros deseos.

1) En primer plano, sitúo el peligro de que los ciudadanos de nuestro país rico no proporcionen de una forma espontánea un ahorro suficiente para suplementar adecuadamente al que se realiza para ellos, sin que lo sepan, por razones y medios muy respetables, de otra parte. Advertiréis, sin duda, que he formulado este supuesto en términos un poco provocativos; en efecto, cubre toda una serie de cuestiones que se prestan a controversia, de las cuales algunas tienen un carácter tan talmúdico que no podrían ser estudiadas en un breve discurso de introducción. Sin embargo, no debo sustraerme a la presentación de los problemas principales implicados.

Primeramente, ¿cuál es el papel jugado por el ahorro del Gobierno, es decir, por los superávits presupuestarios? Voy a lanzar algunos balones de ensayo sobre los cuales podréis chutar durante el debate. Pero recordad que, esta mañana, nos paseamos en mi jardín y no en el de Viner. (a) Un Gobierno puede hacer tributar razonablemente a sus ciudadanos, con el fin de reembolsar a un ritmo asimismo razonable las deudas contraídas con propósitos excepcionales, tales como la guerra; (b) puede hacerles tributar para cubrir gastos efectuados en los campos de la sanidad, educación e investigación que contribuyen en una gran medida a la formación de capital; por el contrario, el Gobierno no debería considerar que es buena política corriente sufragar con impuestos los gastos de instalación de bienes de equipo nuevos a no ser en casos muy particulares; (c) si las técnicas del control monetario han cedido bajo el impulso inflacionista, el Gobierno debe aceptar los superávits presupuestarios imprevistos resultantes no renunciando a ellos y debe incluso considerar repetir la operación hasta que la situación sea

enderezada. Pero debe considerar esta situación como una enfermedad que debe liquidar con la mayor rapidez posible.

Después, ¿cuál debe ser el papel del ahorro realizado por los administradores de las empresas en interés de sus accionistas? Evidentemente, en mi tipo de país, esta forma de ahorro se ha implantado en una gran escala, y en la medida en que—según la hourada apreciación de los dirigentes responsables—su amplitud está determinada por las necesidades y perspectivas reales de las empresas interesada, debe ser considerada, en mi lenguaje afectivo, como totalmente respetable. A mi juicio, ella cesa de serlo si su importancia deviene excesiva por la inercia o las ambiciones indebidas de algunas personas, por el deseo de los Gobiernos de canalizar este ahorro hacia la financiación de sus propios programas, o también por la presión popular en terrenos de la distribución de la renta, tendente a reducir las sumas entregadas a título de dividendos. En efecto, dichas políticas llegarían a alterar el *carácter* mismo del equipo capital del país; lo menos que puede decirse es que esta alteración puede anular en una gran medida las ventajas que podrían resultar, por otra parte, de una acción tendente a lograr el tipo deseado de crecimiento global.

Después, ¿qué sucederá si, siendo “respetables” las políticas de ahorro de los Gobiernos y de los Consejos de Administración, el ahorro espontáneo de los individuos se muestra insuficiente para realizar el tipo de crecimiento deseado? La primera respuesta será que los Gobiernos no deben imaginarse que ellos mismos, o los administradores de empresas sometidos a su presión, podrían llegar a llenar el foso, haciendo *no* respetable la política fiscal o la distribución de dividendos. Porque se llega fácilmente a un punto en que cada libra esterlina de ahorro arrancada de esta forma implica casi una libra menos de ahorro espontáneamente consentida. Eso no quiere decir necesariamente que el tipo de crecimiento deseado debe ser abandonado. Queda un medio más sutil de arrancar ahorros sin que parezcan arrancados, sino, al contrario, espontáneos—ilusión que los magníficos trabajos de nuestros estadísticos de la renta nacional han contribuido a reforzar en el espíritu del público. El nombre de este método es la inflación, y en el caso en que no hayáis oído hablar de ella no debo raptar al profesor Haberler, el gusto de deciros todos sus aspectos. Muchos de entre nosotros, y

no me excluyo, hemos tenido en el pasado algo que decir en su favor. Pero esto no es ya tan divertido como antes, porque muy numerosos son aquellos que han aprendido a esquivar sus consecuencias. Y pudiera muy bien ser que el día en que la Iglesia de Inglaterra se lance a los negocios, comprando acciones ordinarias, se considere retrospectivamente como si hubiera sonado la campana fúnebre de "una pequeña inflación", en tanto que política financiera respetable. Todo lo que puedo decir es que me sería preciso alimientar muy vivamente el deseo de un cierto tipo de crecimiento del capital—más vivamente de lo que no parece justificarse en mis "países ricos"—para que acepte asegurar su realización con la ayuda de la inflación.

En Gran Bretaña, hace algunos años, reinaba un cierto pesimismo en lo que se refiere al porvenir del ahorro individual espontáneo que parecía estar caído casi a cero. Después, la situación ha evolucionado indudablemente hacia una mejoría. Por el contrario, las cifras publicadas tienden ahora a suscitar un optimismo excesivo, porque tan numerosa y abigarrada es hoy la gente reunida en el carro de inflación que no nos está permitido hacer una frecuente suposición: la de que todo el ahorro promovido en el surco del carro se reduce a las cifras concentradas en las cuentas de las sociedades anónimas y del Estado, y que la especie denominada ahorro personal se encuentra virtualmente excluida. En la mayor parte de nuestros "países ricos", las fuerzas que actúan en el sentido de una mayor igualdad en la distribución de la renta neta son extremadamente poderosas, y las disposiciones adoptadas por el Estado para aliviar los infortunios individuales (considerando a los niños como un infortunio) son muy importantes. En consecuencia parece probable que, si estamos decididos a descartar la ayuda de la inflación, serán precisos esfuerzos continuados para romper la esquizofrenia y realizar una armonía entre el tipo de crecimiento deseado por la comunidad y la intensidad que los individuos que la componen tengan intención de dar a la llama de este crecimiento.

¿Representan los Estados Unidos una excepción de importancia dominante y peligrosa a esta generalización? Dejo al Congreso el cuidado de discutirlo. Pero, en este contexto, querría referirme un instante a las cifras de Kuznets que acabo de mencionar. Pueden presentarse como prueba de una necesidad decreciente de ahorro, en

razón de la modificación del carácter de la innovación técnica. Pero pueden también considerarse como prueba de una restricción fijada al tipo de crecimiento por la limitación de la tendencia humana a la abstinencia. Haciendo pareja con esta cifra, estacionaria o decreciente, de la relación entre el capital acumulado y la producción en los Estados Unidos en el curso de los últimos decenios, tenemos la proporción estacionaria o decreciente de la renta anual neta efectivamente ahorrada. Es interesante constatar que el pensamiento de Kuznets mismo parece orientarse hacia esta explicación última de estos resultados: "Desde el punto de vista nacional, la formación de capital es idéntica *ex post facto* al ahorro y podría ser que, en último término, la limitación de la proporción mencionada antes pudiera ser reducida a la limitación de la proporción de ahorro, en otros términos, a las costumbres de gasto de los individuos" (8).

2) Paso a otro tema que ha suscitado inquietud, a saber: el carácter (distinto del volumen) de una gran parte del ahorro realizado en nuestros días en un país rico —búsqueda de la seguridad, temor del riesgo y, por consiguiente, dificultad de transformación en capital industrial—. A este respecto, tengo, desde hace mucho tiempo, mi pequeña manía. Hace mucho tiempo, en efecto, que he comenzado a insistir en el riesgo que representa, en los países anglosajones, la atracción de los depósitos bancarios junto con el favor con que los Bancos consideran los préstamos a corto plazo de capitales circulantes, y que debe ejercer, de forma crónica, una influencia deprimente sobre la formación de capital fijo. En el curso de los últimos años, en los Estados Unidos, los progresos de los denominados préstamos a plazo (*term loans*) parecen anunciar una especie de revolución en este dominio. Puede ser lamentable—pero inevitable—que en Gran Bretaña el deseo de los Bancos de aumentar hasta casi el nivel de la anteguerra la proporción entre sus activos más arriesgados y el conjunto de sus haberes, y la disposición afirmada por algunos de ellos, al día siguiente de la guerra, a considerar sus responsabilidades bajo una visión más expuesta, hayan

(8) "Proceedings of Columbia University Conference on National Policy for Economic Welfare at Home and Abroad" (Doubleday and Co. New York, 1955), página 41.

debido ser atemperados al interés superior de la lucha contra la inflación. Los Bancos del Continente y, sobre todo, los de Alemania, no han sufrido dichas inhibiciones, y esta actitud ha provocado no hace mucho un desastre para estos establecimientos; aquí el problema consiste más bien en crear mercados de capitales efectivos, aparte de los Bancos, de forma de liberar a estos últimos de algunas de sus tareas tradicionales más peligrosas.

Porque, evidentemente, no se trata simplemente de un problema bancario; otros de sus aspectos comprenden los programas de inversión de las grandes empresas de seguros y de los fondos de jubilación, así como la investigación de los procedimientos destinados a interesar a los obreros mejor dotados en inversiones industriales, sin hacerlos adictos frenéticos de la Bolsa. No tengo ni el tiempo ni la competencia para sumergirme ahora en un océano de detalles institucionales y creo que mi pensamiento es poco vacilante en este dominio. Me parece que lo que trato de sugerir aquí, es que el mal puede engendrar el bien. A condición de que la inflación que ha reinado en el mundo entero, desde hace doce años, termine y no renazca, la reciente batalla por las garantías individuales contra la inflación tendrá el efecto beneficioso de suprimir ciertos obstáculos institucionales al progreso equilibrado de la expansión del capital.

3) "¡El progreso equilibrado de la expansión del capital!" Hasta ahora he hablado más de los obstáculos al crecimiento que de los obstáculos al equilibrio. Quizá he temido inconscientemente, en una ocasión de este tipo, el salto en el remolino de la teoría moderna de los ciclos económicos. E incluso ahora, no me oiréis ninguna revelación sensacional sobre si el multiplicador-matriz oscila o no, ni expresar ninguna opinión definitiva sobre la cuestión: nuestro enderezamiento es atribuible a las pulsaciones de la inversión autónoma, luchando en el plácido olvido del mundo ambiente con los efectos descritos por Duesenberry que gobiernan el consumo de los parados, o simplemente, como alguna vez me he visto tentado a creer, con la afortunada circunstancia de que, para nosotros, como para el amigo del Dr. Johnson, que trataba de llegar a ser filósofo, el gozo quiere triunfar. Todo lo que puedo hacer, es recordar brevemente algunas viejas trampas y algunas nuevas esperanzas. Entre las primeras continúo situando en primer lugar, como lo hacía hace cuarenta años, la inevitable incoherencia del proceso de inversión,

de forma que no podemos proveernos de un excedente manifiesto de las necesidades del martes sobre el lunes, sin prevenirnos contra un excedente presumible de las necesidades del miércoles sobre las del lunes, y en numerosos casos igualmente contra un excedente supuesto de las necesidades del miércoles sobre las del martes. Después tenemos los peligros evidentes de una ruptura de equilibrio —el equilibrio vertical entre las diversas fases del proceso de producción de un tipo dado de producto final, el equilibrio horizontal entre los diferentes tipos de productos finales. No es necesario desestimar, en fin, las fuerzas contagiosas de la confianza excesiva y del pesimismo, únicamente porque diversos investigadores en el pasado hayan omitido investigar más allá de las fuentes *reales* de confusión.

¿Qué hay sobre las esperanzas? Mencionándolas me siento obligado a expresar también dudas que hacen que algunas cosas me parezcan constituir causas de esperanza más bien que de confianza y de satisfacción: avalanchas de informaciones estadísticas, incluyendo las cantidades crecientes de estas informaciones del tipo desagregado que se refieren directamente a los problemas del equilibrio entre fases y entre industrias, que era tan difícil encontrar. (Pero, ¿no existe ahora, incluso si se utilizan con habilidad las técnicas de “predigestión”, el peligro de que el olfato y el juicio de los dirigentes sean oscurecidos o paralizados por la abundancia misma de estas riquezas?). Por otra parte, se nos dice, la costumbre cada vez mayor de las grandes empresas industriales de establecer planes de expansión a largo plazo y de mantenerse en ellos sin vacilar ante las amenazas de un retraimiento pasajero de la demanda. (Pero, ¿los planes a largo plazo ante irregularidades no causan un mayor mal que los planes a corto plazo?) Después, la certidumbre de que los Gobiernos y los Bancos de emisión se encuentran dispuestos a actuar heroicamente para impedir la recesión que degenera en crisis. (Pero, ¿quién puede conocer con exactitud el grado de recesión aceptable antes de hacer actuar a la artillería pesada? En América, ¿un poco más de tolerancia a la recesión de 1927 no habría prevenido 1929 y, por consiguiente, evitado 1931-33? Gran Bretaña en 1952, y el Canadá a comienzos de 1955, ¿no mostraron quizá demasiado celo en “hinchar los neumáticos” que se vaciaban?).

No es necesario ser un "estacionario" rabioso para juzgar probable que el impulso del crecimiento continuará haciéndonos avanzar "pantanos" de saturación temporal y de marcha atrás. Se podría quizá pensar que dichos periodos de detención y de reajuste son nuestra mejor protección (una protección en una sociedad organizada humanamente, no demasiado costosa en términos de bienestar individual) contra las poderosas fuerzas sociales y políticas que tratan de "roer" nuestro nivel de valores.

4) En fin, me propongo brevísimas incursiones en el campo del profesor Lundberg. ¿En qué medida los esfuerzos de cada uno de mis países ricos para asegurar su progreso en la estabilidad corren el riesgo de ser afectados, para bien o para mal, por los esfuerzos similares de sus vecinos? Algunos lo serán más que otros, como he indicado al principio. Gran Bretaña, por ejemplo, más que los Estados Unidos. Nuestra mayor sensibilidad a las influencias exteriores no es, de ninguna manera, un mal sin mezcla, como estamos tentados a afirmar en nuestros momentos de inquietud. Esto significa que somos frenados con más facilidad en vías malas por dificultades de la balanza de pagos, dificultades que no impiden quizá a un país más apto bastarse a sí mismo continuando hasta el borde del desastre inflacionista. Además, si—con más severidad que otros—somos castigados por desestimar las advertencias de los cambios exteriores, nuestra recompensa será más rica, si los tenemos en cuenta. En un país que se basta a sí mismo, el riesgo de que medidas destinadas a prevenir la inflación desencadenen una espiral deflacionista incontrolable, es mucho mayor que en un país cuya actividad económica depende de sus relaciones con el exterior; para un tal país, en efecto—y a condición de una vigilancia muy atenta de los precios de coste—el ímpetu de la demanda mundial puede ser una ayuda poderosa, estableciendo un "suelo" a todo proceso de deflación maligna. Estar expuesto a todos los vientos significa estar expuesto tanto a los vientos favorables como a los nefastos.

Sin embargo, el hecho de que los diversos países ricos, cualesquiera que sean sus causas profundas, registren tipos diferentes de crecimiento constituye, creo, una fuente de molestias. Descartarlas calificándolas de "puramente monetarias" no nos ayudaría; porque, incluso si esto fuera siempre cierto, las medidas monetarias

necesarias, para evitar estas diferencias, podrían contribuir a la inestabilidad. Si la productividad aumenta con mayor rapidez en el país A que en el país B, esto puede llevar a A a buscar su recompensa más bajo forma de rentas monetarias crecientes y menos bajo forma de reducción de los precios que esto no es saludable para su propia estabilidad; alternatively, B puede verse obligado a imponerse una flexibilidad de los tipos de cambio que podría ejercer efectos perniciosos sobre su estabilidad, cualesquiera que puedan ser los argumentos académicos en favor de un tal régimen.

Además se ha demostrado que estas dificultades *no* son siempre "puramente monetarias". Si la diferencia entre los tipos nacionales de aumento de la productividad es ella misma diferente, según los diversos sectores de actividad productiva, la capacidad de adaptación de los países más débiles puede verse sometida a tensiones que amenacen su estabilidad y frenen su expansión. No creo que exista un remedio para evitar estas perturbaciones, sino acantonarse en un aislacionismo peor que la enfermedad. Pero ellas parecen hacer aún más deseable que los países más ricos se abstengan de aumentar las dificultades de los países pobres entre los países ricos, adhiriéndose tenazmente a tipos de producción para los cuales el veredicto del juez supremo de los costes comparativos les ha sido claramente desfavorable. Estoy convencido que Viner deseará ampliar esta consideración a sus propios países. Cuando lo haya hecho, nosotros, universitarios, podremos disfrutar durante los intervalos de nuestros debates, arremetiendo contra nuestros diversos ministros de Agricultura y Comercio con motivo de sus fechorías en este campo. Todo lo que podemos hacer es esperar que no estén tan mal inspiradas como para que nos perturben demasiado en nuestra difícil tarea: crecer al buen ritmo para alcanzar la buena talla, y, así, encontrarnos de nuevo "al fin, como Alicia, en el magnífico jardín, entre los risueños jardines y las frescas fuentes."

SIR DENNIS ROBERTSON

DESARROLLO ECONOMICO

Señala Albert O. Hirschman, en su reciente obra "The Strategy of Economic Development" que "se dice frecuentemente que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, la ciencia económica no ha producido aún una teoría real del desarrollo". Efectivamente, hasta ahora, al menos, la afirmación anterior parece cierta; no obstante, señala también Hirschman, "el razonamiento teórico se ha aplicado a algunos problemas estrechamente interrelacionados, tales como el crecimiento equilibrado y la determinación de las prioridades de inversión".

Indudablemente, la literatura existente sobre la primera de dichas cuestiones—el crecimiento equilibrado—es mayor que la dedicada a la segunda, si bien es importante subrayar que ambas poseen muchos puntos comunes.

Se constata por todos los países el lícito afán de acelerar su desarrollo económico, es decir, de incrementar hasta el máximo de las posibilidades la renta nacional real por habitante. Esta política supone el aprovechamiento igualmente máximo—o despilfarro mínimo—de los recursos existentes, y este aprovechamiento exige necesariamente su planificación con vistas al mencionado aumento de renta nacional real.

Sin embargo, la tarea no es, ni mucho menos, fácil. La atención prestada al problema de la programación del desarrollo económico es relativamente reciente y aunque vayan registrándose algunos resultados, no podemos contar aún con un armazón general que sea cimiento seguro y

firme de una eficaz política económica. A este respecto puede ser interesante el estudio del crecimiento equilibrado.

Creemos puede recurrirse a la doctrina del crecimiento equilibrado desde dos posiciones: como condición necesaria para llevar a cabo un impulso inicial con vistas a una ampliación de la dimensión del mercado, base del desarrollo, y como presupuesto teórico de una programación económica consistente. Ambos puntos se encuentran muy relacionados entre sí, como puede deducirse fácilmente.

Porque no cabe duda de que antes de estructurar un programa es preciso contar con unas relaciones lógicas y teóricas, que, de ignorarse, pueden dar al traste con las mejores voluntades. Quizá muchos esperen demasiado del crecimiento equilibrado; la prueba es la floración de estudios de que hablábamos. No se pretende al presentar los siguientes artículos valorar más o menos las aportaciones existentes. Por ahora, lo único a que se aspira es poner a disposición de nuestros lectores los trabajos cuya finalidad principal, creemos, ha sido—sobre todo, los de Scitovsky y Fleming—aclarar y ordenar conceptos teóricos para su posible articulación lógica. Empresa fundamental en muchos campos, uno de los cuales puede ser el muy amplio de las economías externas.

Esta es la finalidad esencial. En cuanto a la conveniencia o no del crecimiento equilibrado, aspecto más relacionado con el impulso inicial que señalábamos más arriba, es muy pronto para sentar una postura definitiva. La controversia entre los partidarios del crecimiento equilibrado y los del crecimiento no equilibrado, va siendo últimamente cada vez más viva. Y desde el punto de vista del conocimiento de dicha controversia, la traducción de los siguientes artículos es del mayor interés. Pues éstos—junto con el ya publicado de Allyn Young y la obra de Ragnar Nurkse—constituyen las primeras aportaciones serias de referencia obligada, por consiguiente, a la hora de estudiar la cuestión.

JAVIER IRASTORZA REVUELTA.